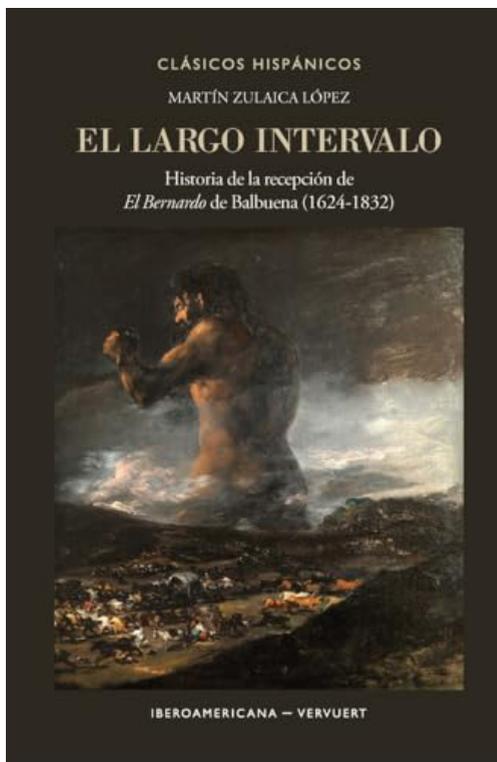


Martín ZULAICA LÓPEZ, *El largo intervalo. Historia de la recepción de «El Bernardo» de Balbuena (1624-1832)*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2024, 268 págs.

Parece que no corren malos tiempos para la épica, al menos para la del siglo XVIII. En los últimos meses de 2024, y lamentablemente sin poder conocerse uno a otro, han ido a coincidir dos aportaciones de gran relevancia sobre el tema en un contexto crítico inicialmente no muy propicio para la epopeya setecentista. Me refiero al largo estudio de Elena de Lorenzo Álvarez, casi una monografía publicada en forma de artículo, «[El sangriento furor de Marte: poesía épica del siglo XVIII](#)», *Archivum*, 74 (2024), págs. 403-489; y, desde luego, al libro que aquí reseñamos. En su estudio, Lorenzo Álvarez propone una compendiosa aproximación al tema, en la que novedosamente trata de responder a por qué se reactivó el género atendiendo

a las razones que movieron a su promoción, examina los diferentes avatares literarios en los que la épica es capaz de metamorfosearse conforme a los parámetros de la Ilustración (tragedia, novela) y, en el marco del sistema literario contemporáneo, explora las razones por las que, pese al prestigio que por entonces aún se le reconocía, pese a ser considerada (sin ir más lejos, por Jovellanos) una posible vía de renovación poética, y pese a las expresas defensas y patrocinios que alentaron su escritura (recuérdense los premios de la RAE), el género no fraguó.

Solidariamente con esta propuesta, Martín Zulaica López (1992), profesor de la Universidad Rey Juan Carlos y consumado experto en bibliografía material,



como prueba su propia edición del *Bernardo o victoria de Roncesvalles* en dos poderosos volúmenes (Ars poética, Pola de Siero, 2017, 1255 págs.), publica ahora una parte de su tesis doctoral sobre el célebre poema de Bernardo de Balbuena (1562-1627), concretamente la dedicada a la recepción del texto a lo largo de los siglos XVII y XVIII, atendiendo, por tanto, también él, a las paradójicas razones de un ocaso. El título, procedente de unas palabras de Nicolás Antonio en la *Bibliotheca Hispana Nova* («longo post se reliquat intervalo»), resume magníficamente la ambivalencia de la acogida del texto: si Antonio consideraba que el poema superaba a sus contemporáneos por un *largo intervalo*, el *Bernardo* ha acabado padeciendo otro, este de silencio y desatención.

Y, sin embargo, este libro documenta con encarnizada exactitud, con profundidad y brillantez, que la relevancia del poema es incuestionable, que forma parte de la formación y se halla bien visible en los escritos de buena parte de los autores más relevantes del arco temporal estudiado, de Lope a Quintana. El volumen, cuidadísimo desde las citas que lo abren hasta el utilísimo índice onomástico que lo cierra (págs. 259-268), parte de una cumplida introducción (págs. 17-28) que sin retoricismos atiende por lo menudo a la metodología puesta en práctica para cuajar la monografía. Desde ahí, tres grandes capítulos segmentados cronológicamente, 1624-2671 (págs. 29-50), 1672-1807 (págs. 151-152) y 1808-1832 (págs. 153-233), van pautando la historia de la recepción del poema, articulada por párrafos que siempre llevan el título del autor estudiado y son a su vez subdivididos en párrafos numerados correlativamente (así, por poner un ejemplo, las cartas de Jovellanos en que trata del poema se encuentran en el párrafo dedicado a Jovellanos, numerado como § 12, y, en detalle, a sus párrafos 2-3): todo ello redundando en la claridad de la obra y la facilidad de su consulta, y hace patente la elaborada construcción del libro que tenemos delante, que ha dado tanto trabajo al autor como consigue quitárselo al lector de estas páginas.

Obviando el muy interesante capítulo dedicado al Seiscientos, en consonancia con los intereses de esta revista nos centraremos en los capítulos segundo y tercero. El primero de ellos, siempre dispuesto cronológicamente, al hilo de la secuencia de la obra completa, comienza en lo que al Setecientos se refiere con el estudio de la presencia del *Bernardo* en *Autoridades*: en apenas tres páginas (págs. 57-59), Zulaica sintetiza una valiosísima información que lo demuestran al día de las últimas tendencias lexicográficas en el estudio del primer diccionario académico, al tiempo que revelan otro de los méritos fundamentales de su trabajo: el exacto cuidado bibliográfico, pues tiene siempre a punto la referencia oportuna (véanse para este caso las fichas de la pág. 59). En detalle, para escribir estas tres páginas, demuestra haber consultado las

actas de la RAE (más documentación novedosa del archivo académico comparecerá en la pág. 200) con ánimo de determinar qué académicos en particular fueron los responsables de ilustrar aquellos lemas en los que Balbuena es citado (Fernando Bustillo de la Barcia, por caso). Tras ello, sigue el repaso de los pareceres de Mayans sobre el poema (págs. 59-62); los de los integrantes de la Academia del Buen Gusto, Porcel (págs. 63-70), acerca de cuyo *Adonis* se ofrece un muy llamativo análisis comparado en relación con el *Bernardo*, Torrepalma (págs. 70-71), Luzán (págs. 71-72) y Velázquez (págs. 72-75); los de lo que se llama algo extrañamente «difusión enciclopédica de mediados de siglo» (págs. 75-80), sección en la que, siempre muy informadamente, se mezcla a la *Encyclopédie* con Sarmiento, lo que no deja de disonar; o los de «las primeras antologías de la literatura española» (Nipho, Sedano, Conti, Estala, págs. 80-85). A renglón seguido, se examinan los fundamentales concursos épicos de la RAE (págs. 85-100), sección en la que se trata de los pareceres sobre el *Bernardo* de Vaca de Guzmán, Moratín el joven (cuya *Lección poética* se cita por la meritoria edición de Dowling en lugar de por las posteriores y mucho mejor anotadas de Pérez Magallón) y Forner; sigue a continuación el llamado «Parnaso salmantino» (págs. 100-124), donde un tanto equívocamente se injiere a Jovellanos (sin que quepa hacer menoscabo de lo que de su obra se dice; de hecho, Zulaica precisa con agudeza una alusión geográfica del poeta en los vv. 76-88 de la *Epístola a sus amigos salmantinos*, págs. 101-102), tras de lo que siguen Meléndez (el análisis comparado de la pág. 107 entre dedicatoria y advertencia del extremeño a sus *Poetas* de 1797 y el de Balbuena a su *Bernardo* es uno de los puntos discutibles que encontramos en la monografía), Iglesias de la Casa (al hilo de quien se ofrece un ahora sí apabullante cuadro cruzado que prueba sin asomo de duda la influencia del *Bernardo* en las Odas I, II, III, IV, VIII de *Arcadio*, págs. 115-120), y los mucho más jóvenes Cienfuegos y Sánchez Barbero (págs. 120-124), que acaso podrían haber encajado en otro apartado o haber merecido algún distinguo (remitimos al trabajo de Elena de Lorenzo Álvarez, «La escuela poética salmantina del siglo XVIII: la historia de un concepto y algunas reflexiones finales», de 2023). Sea como fuere, esta serie la prolonga la de los «Jesuitas expulsos» (Lampillas, Andrés, Masdeu..., págs. 124-130), sin perder de vista las «Poéticas y tratados» coetáneos (Arrieta, Munárriz..., págs. 130-138), hasta desembocar en la «Academia de Letras Humanas de Sevilla» (Arjona, Lista —que trató largamente del poema y será retomado más tarde, en el capítulo final— y Reinoso). El repaso demuestra la presencia ancilar del *Bernardo*, en tanto que componente esencial del canon dieciochesco y referente indiscutible de su género a la sazón, lo que hoy, sin embargo, parece haberse disuelto de nuestras conciencias.

El tercer y último capítulo, en fin, da especial importancia a la figura de Quintana (págs. 154-169), que marca el *terminus ad quem* del volumen (1833) y que no en vano antologó y estudió sucesivas veces a lo largo de su vida la poesía épica hispánica, hasta el punto de que llegó a editar el *Bernardo*; y Goya, que, tal como estudia Zulaica, se basó (o pudo basarse) en el poema para componer su famoso lienzo *El coloso* (págs. 172-177), que por tanto ilustra la cubierta del libro. No se desatienden aquí tampoco las antologías de los exiliados (Mendíbil y Silvela, Marchena, Maury...) ni de quien acaso fuera uno de los últimos neoclásicos, el tratadista Gómez Hermosilla (págs. 205-212); el tomo se cierra tratando de los incipientes románticos, como Nicolás Böhl de Faber (págs. 183-190), Martínez de la Rosa y Agustín Durán (págs. 224-227), enhebrados en el hilo de las visiones de extranjeros como Southey, Chalmeau de Verneil, Bouterwek, Sismondi y Schlegel (págs. 216-224).

En suma, tal como se deja ver, se trata de una ambiciosa monografía, rigurosa, clara y ordenada, novedosa por su tema y encomiable habida cuenta de la enorme cantidad de materiales puestos en juego, escrita con la precisión y el arte que la ocasión merecía (léanse las atrevidas analogías de la pág. 21, la prosa plástica de la pág. 25, de tantas páginas), que confirman a un joven investigador sabio y maduro, con mucho que enseñarnos acerca del género épico.

RODRIGO OLAY VALDÉS